

Angelelli

Los primeros años



En el 20º Aniversario del Martirio de Mons. Angelelli, nuestra Editorial presenta tres nuevos libros sobre el Obispo Angelelli. La biografía titulada: **"Vida y Martirio de Mons.**

Angelelli", escrita por Luis Miguel Baronetto; la obra testimonial:

"El Corazón de un Mártir" de los padres Amiratti y La Civita y el 1º Tomo de las **"Misas Radiales de Mons. Angelelli"**.

En las siguientes páginas les brindamos un adelanto de capítulos escogidos de cada libro.

La familia de Don Juan y Doña Celina...

El hogar Angelelli. (1)

Enrique Ángel Angelelli nació el 17 de julio de 1923, en Córdoba. Por esa época sus padres Juan Angelelli y Celina Carletti, inmigrantes italianos, vivían en la zona denominada entonces "Camino Rodríguez del Bustos", a las afueras de la ciudad. Era lugar de chacras y quintas, donde se cultivaba alfalfa, maíz, porotos, lechuga y otras hortalizas que llevaban al mercado de la ciudad. El cuidado de algunas vacas, chanchos, gallinas y caballos completaban la actividad rural de la familia Angelelli, aprendida en su Italia natal.

Don Juan había nacido en Montegiorgio, provincia de Ascona, un 13 de Diciembre de 1896, y a los 15 años llegó a la Argentina. Había cruzado las aguas del océano sólo en compañía de una mujer mayor, con mucho de aventura juvenil, buscando nuevos horizontes. A los 24 años conoció a la joven Celina y se enamoró.

Los Carletti ya estaban radicados en aquella zona y constituían una familia típica de inmigrantes italianos. Amantes del trabajo y de tradición religiosa, aunque la misma no se expresara en tantas exteriorizaciones. Sólo las "fiestas de guardar" y las procesiones en las Hermanas

Concepcionistas, en el "Bajo Galán" o en la Iglesia del Corazón de María en Alta Córdoba. Celina, que había nacido en Cingoli, provincia de Macheratta, era la única mujer en una familia de siete hijos.

Venciendo las resistencias del "clan familiar", Juan y Celina se casaron. Celina aceptó, aunque no dejaría nunca de recordárselo a Juan, que la luna de miel fuese hasta sólo los trescientos metros que separaban su casa paterna del lugar donde Juan se había instalado preparando el nuevo hogar, porque no había recursos para más. La casa, de adobe y techo de paja, como eran las pocas viviendas de la zona, estaba ubicada exactamente en lo que hoy se conoce como la intersección de las calles Virgen de la Merced y Mercedes de San Martín, de Barrio Las Margaritas, dos cuadras arriba del actual Shopping Center.

La infancia, un niño como todos...

Enrique Angel fue el primer hijo, en 1923. Luego vinieron Juan, en 1926, y Elena, en 1930, en un hogar sencillo y trabajador, que se fue construyendo en el cariño, el esfuerzo y la tenacidad para afrontar la vida. Don Juan trabajaba el alfa verde y el alfa seca, que luego llevaba a las carbonerías, las soderías, o las cocherías de una ciudad que se movilizaba con tracción a sangre, porque en automóviles sólo lo hacían las reducidas familias de la oligarquía cordobesa. Doña Celina, siempre fiel al concepto gringo de la familia unida, cuidaba a sus hijos haciendo las tareas del hogar y trabajaba a la par de su marido en el cuidado de los animales. En las fiestas de guardar, cumplía el precepto católico, yendo a misa en sulky, acompañada de sus hijos, mientras Don Juan aprovechaba el descanso para distraerse con sus amigos en alguna partida de truco o jugando a las bochas. Los domingos se hacían las visitas familiares, pero a la noche ya había que estar de vueltas en la casa para darle de comer a los animales.



Enrique Angelelli, un niño como todos.

En ese ambiente familiar y de trabajo en la chacra, creció Enrique Ángel, hasta que llegó el tiempo de ir a la escuela nacional 286- "Misiones", que estaba a un kilómetro de su casa, cursando hasta cuarto grado. Allí mismo iba "a la doctrina", los domingos, donde la señorita "Pimpora" Victoria Luque, muy conocida en los ámbitos católicos, venía a dar catecismo, con la señorita "Chicha".

"Enrique y yo - recuerda José Carletti, un primo hermano- siempre nos sacábamos los premios, que eran estampitas y medallitas, para los que habían estudiado el catecismo... Después hicimos juntos la primera comunión. Me acuerdo que nos llevaron en una "bañadera", esos ómnibus sin copota que había antes, hasta la escuela del Huerto, que estaba en el centro de la ciudad sobre la calle Caseros. Y nos sirvieron chocolate con bollitos".

En busca de progreso y mejores posibilidades de trabajo, la familia Angelelli se trasladó a la zona sudeste aledaña a la ciudad de Córdoba, por el camino

que se conoce como "sesenta cuabras". Allí los Angelelli arrendaron una quinta, en la que siguieron su trabajo como productores de hortalizas y otras actividades rurales.

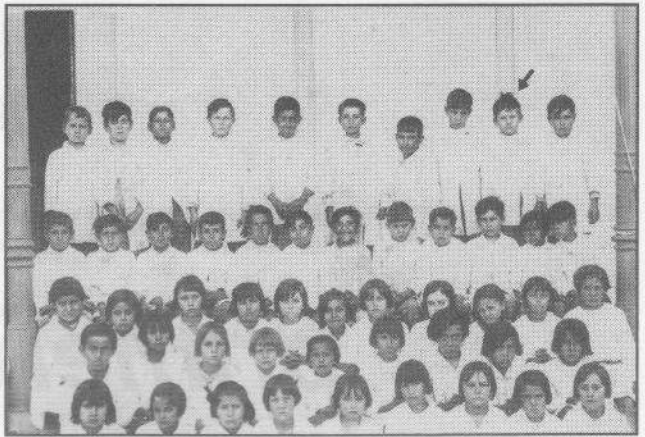
En las inmediaciones se encontraba el Colegio "Villa Eucarística", de la Congregación de las Adoratrices Españolas. La señorita Pimpora los ayudó y la familia Angelelli entabló relación con las hermanas del lugar. Y Don Juan, que hasta entonces no tan afecto a "ir a la Iglesia", se rindió ante la persistencia de Doña Celina, que lo ganó con su ejemplo, llegando a ser, además, un estrecho colaborador del Colegio, con su trabajo en la huerta de las religiosas.

El niño Enrique Ángel hizo allí el quinto y sexto grado, ayudaba la misa los domingos y colaboraba con sus padres en los trabajos de la quinta, disfrutando también las travesuras propias de la edad, sobre todo cuando lograba hacerse de la bicicleta de las hermanas para recorrer los polvorientos caminos de la zona, que luego devolvía tratando de no ser visto, aunque no pocas era advertido por la hermana Isabel, encargada de la portería. Dante, un amigo de aquellos años, con el que cursaba la escuela primaria en dicho Colegio, recuerda que "también le sacábamos turrones...aunque después le decíamos. Es más, a veces nos ponía en penitencia. Nos retaba. Cosas de chicos. Hacíamos renegar a las hermanas...Era buen compañero y buen amigo. Para él eran todos iguales. Todos eran compañeros". (Testimonio filmado de Dante Kussol).

En el Seminario. Los años de latín...

En ese ambiente rural y religioso fue despertando en Enrique una vocación. Y a los 15 años, en 1938, ingresó al Seminario Metropolitano de Córdoba, en la Calle Vélez Sarsfield 554, con el evidente propósito de ser sacerdote, ya que ese era el fin específico de los Seminarios en esa época. Don Juan, con su jardinera o su carro, lo llevaba y la traía a casa para las vacaciones, que era de sólo diez días al año, pasados los festejos de la Virgen del Loreto, Patrona del Seminario, el 10 de diciembre. Antes de la Navidad, de regreso al Seminario, se emprendía el camino a Los Molinos, hasta la antigua casona donde los seminaristas pasaban el resto de los meses de las vacaciones, entre partidos de fútbol y basquet; oraciones, música y teatro; cultivo de la quinta, caminatas por las sierras; y disfrutando en "el remanso" las aguas del caudaloso río que bordea el

4º grado en la Escuela Misiones, Córdoba.



En el Seminario



predio. Lejos del "pecaminoso mundo", los jóvenes seminaristas se preparaban, en cuerpo y alma, para salir al combate por Cristo.

Durante el año, los días se llenaban, luego de levantarse a las seis de la mañana, con la meditación en la Capilla, misa, comunión y rezos. El desayuno, algunas horas de estudio para preparar las materias y luego sumergirse en las clases. Después del almuerzo venía el recreo, donde rondaba el mate, siempre enfundados en la rigurosa sotana, que sólo se sacaban para jugar al frontón o un partido de fútbol. No era éste un deporte en el que se destacara el seminarista Angelelli, que estaba clasificado por sus compañeros entre los "pata dura". "Hicimos juntos los cinco años de latín, los años de humanidades. - cuenta Héctor Bertaina, condiscípulo y amigo hasta el último día - Enrique era un gran compañero, de un carácter magnífico, servicial, alguna que otra vez, muy pocas, por allí le salía de adentro el gringo...Un muchacho piadoso, serio en las cosas serias. En lo jovial, nadie le ganaba. Era un tipo fuera de serie. Angelelli no era un hombre brillante en los estudios, pero era un hombre constante. El se sentaba en su escritorio, ponía los codos y no levantaba la vista viniera quien viniera. Una vez, teníamos exámen al día siguiente, y él estaba en su pieza muy concentrado. Y yo, que en el

seminario era muy vago, caí a macanearlo, haciendo ruido. Me sacó con las alpargatas en la mano...Era muy concentrado en sus obligaciones, muy persistente".

Propensos a poner sobrenombres, como buenos cordobeses, en el seminario, Angelelli fue apodado "Canuto" por su compañero de estudios Bertaina, cuando todavía cursaban el latín, antes de los veinte años porque casi no tenía cabellos y "le salían en la cabeza unos pelitos como los canutos que tienen los pollos, antes de que le salgan las plumas". Será el apodo que el Obispo Angelelli usará para firmar las cartas personales a su amigo Bertaina, hasta pocos meses antes de ser asesinado.

Ficha:
Vida y Martirio de Mons. Angelelli
Obispo de la Iglesia Católica

Luis Miguel Baronetto
Ediciones Tiempo Latinoamericano
Córdoba, 1996
192 páginas.